

§ IV. Odio al poder real.

I.

Se acusa á los filósofos de haber sido los aduladores de los reyes. Con mayor razon se los podría acusar de haber propagado el odio al poder real. Voltaire aduló á los príncipes; él mismo nos dice por qué. La Iglesia hacía una guerra á muerte á la filosofía: ¿era prudente provocar además á los príncipes? Conviene, por el contrario, dice el patriarca de Ferney, hacer ver que los sacerdotes han sido siempre los enemigos de los reyes, al paso que no se encuentran filósofos entre los fanáticos que les han hecho la guerra ó los han asesinado. ¿Quiere decir esto que Voltaire trate de levantar el despotismo de los reyes sobre las ruinas de la Iglesia? Hay un trono que quiere erigir y mantener intacto, y es el de la verdad (1). En cuanto al poder real, no siente por él ningun entusiasmo. Montesquieu dice en su *Espíritu de las leyes* que el poder del clero, peligroso en una república, es conveniente en una monarquía, porque es una valla contra el despotismo, valla siempre buena, cuando no hay otra. Sobre este punto hace Voltaire esta observacion: «Como se ve, el autor no hace gran diferencia entre la monarquía y el despotismo: son dos hermanos tan parecidos, que con frecuencia se los confunde. Confesemos que fueron en todo tiempo dos gatos, á quienes los ratones intentaron poner un cascabel al cuello. No sé si los curas lograron ponerlo, ó si hubiera sido mejor ponérselo á ellos» (2).

Si se recuerda que Voltaire escribió en tiempo de Luis XV, no extrañará el poco respeto que le inspiraba la monarquía. Se debe esperar, por el contrario, una reaccion creciente contra el poder real, provocada por la vida crapulosa del monarca. No era Luis XV el único culpable. Donde no habia desorden, habia estu-

(1) VOLTAIRE, *Carta de 30 de Enero de 1762 á Damilaville*. (Obras, t. LI, página 341.)

(2) IDEM, *Comentarios al Espíritu de las leyes*, IV. (Obras, t. XXVI, p. 349.)

pidez, llevada hasta el idiotismo. Acerca de las razas reales á fines del siglo XVIII debe oirse á un republicano que las vió de cerca. Jefferson, embajador de los Estados-Unidos cerca de la corte de Versalles, dice que desde que estaba en Europa se divertía en examinar el carácter de los soberanos que ocupaban sus diferentes tronos. El retrato que traza no es lisonjero; oigámosle:

«Luis XV, segun me consta, era un necio. El rey de España era otro necio, y el de Nápoles era lo mismo. Pasaban su vida cazando, y se enviaban cada semana, á trescientas leguas de distancia, un correo para decirse cuántas piezas habia matado cada cual los dias anteriores. El rey de Cerdeña no era ménos imbécil: todos eran de la sangre de los Borbones. La reina de Portugal, de la familia de Braganza, era idiota de nacimiento. Otro tanto sucedia con el rey de Dinamarca. El rey de Prusia, sucesor del gran Federico, era un verdadero cerdo, tanto de cuerpo como de espíritu. Gustavo de Suecia y José de Austria tenían realmente el cerebro roto, y sabido es que Jorge de Inglaterra estaba sujeto con una camisa de fuerza. No quedaba, pues, más que la vieja Catalina, cuya elevacion era demasiado reciente para que hubiera perdido aún el sentido comun.»

Jefferson añade que esto sucederá siempre con las familias reales al cabo de algunas generaciones: «Tómense animales de cualquier raza; confíneseles en una pocilga, en un establo, ó en un palacio, donde queden reducidos á la inaccion y á la ociosidad; déseles comida abundante y escogida, y déjese rienda suelta á sus apetitos sensuales; súmaselos en toda especie de sensualidades, foméntense sus pasiones, ceda todo ante ellos, y sepárese con cuidado todo lo que pudiera inducirlos á pensar, y al cabo de algunas generaciones la materia lo habrá invadido todo, no quedará ya inteligencia... Tal es la manera como se educa á los reyes, y hace siglos que se sigue este procedimiento» (1).

Con esto se comprenderá el movimiento republicano que se manifestó en el siglo XVIII en la literatura filosófica. Unos reyes idiotas ó cerdos no eran á propósito para reconciliar con la mo-

(1) CONSEIL, *Misceláneas políticas y filosóficas*, extractadas de las Memorias y de la correspondencia de Thomas Jefferson, t. II, p. 131, 132.

narquía á los hombres que habian visto las orgías de Luis XV. Despues de oír á Jefferson, parece muy moderado el lenguaje despreciativo de Rousseau: «Un defecto esencial é inevitable que hará siempre que el gobierno monárquico sea inferior al republicano, es que en éste el voto público no eleva nunca á los primeros puestos más que á hombres ilustrados y capaces que los desempeñan con honor, en lugar de que los que medran en las monarquías no son generalmente más que chismosos, bribonzuelos, intrigantuelos, cuyos cortos talentos, que en las córtes les sirven para prosperar, no hacen más que poner patente al público su ineptitud, cuando ya han ascendido» (1). Los hombres debían preguntarse, al leer este retrato, si la sociedad civil tiene por objeto elevar al poder á los *chismosos, intrigantuelos y bribonzuelos*; ó si sería mejor organizarla de manera que el gobierno quedase encomendado á las personas de mérito, en lugar de convertirlo en monopolio de imbéciles y estafadores. Hé aquí un argumento que ha hecho más de un republicano ántes de 1789. Rousseau ponía, es verdad, una restriccion á su entusiasmo por la república: «Si hubiera un pueblo de dioses, dice, se gobernaría democráticamente. Un gobierno perfecto no es propio para hombres» (2). Pero esta reserva era á propósito para excitar á los pueblos á ensayar aquel gobierno de los dioses. La república fué considerada como un ideal: despues de 1789 vino 1792, y la Montaña se creyó en el caso de realizar lo que su maestro habia declarado irrealizable.

II.

Los sentimientos hostiles al poder real van creciendo á medida que nos aproximamos al año 1789. Voltaire habia guardado algunas contemplaciones, porque queria contar con el apoyo de los príncipes contra la Iglesia. Pero los filósofos acabaron por ver que se hacían una ilusion muy singular. A los reyes les agradaba su poder absoluto. ¿Y quién fomentaba esta culpable ambicion? Las gentes de Iglesia, que enseñaban que los reyes no eran responsa-

(1) ROUSSEAU, el *Contrato social*, lib. III, c. VI.

(2) IDEM, *ibid.*, III, 4.

bles de su conducta más que á Dios. Es verdad que Bossuet y aún Montesquien encontraban una garantía en el derecho divino de los reyes. ¡Singular garantía que abre la puerta á todos los excesos! «La impunidad, dice el baron d'Holbach, incitará siempre á los hombres á la licencia; diciendo á los soberanos que no tienen más juez que la Divinidad, se han quitado visiblemente para ellos todos los diques que podían contenerlos. Arrastrados entónces por las malas inclinaciones que todo conspiraba á fomentar en ellos, no se han cuidado ya de los juicios de los hombres, ni del poder de las leyes» (1).

Al ver la ceguedad de la Iglesia y del poder real en el siglo XVIII, diríase que la fatalidad los arrastraba á una pérdida comun. Los obispos no cesaban de decir á los príncipes que el trono y el altar eran solidarios; los reyes les dieron crédito sin dificultad, puesto que encontraban aliados y cómplices en los altos prelados. Celebróse un pacto infame entre el sacerdocio y los soberanos. D'Holbach lo denunció á los pueblos: «Los sacerdotes dicen á los tiranos: *Comete todos los crímenes que quieras, y nosotros los expiaremos; tiraniza á los demas, pero sigue entregado á nosotros. El cielo te entrega tus pueblos con tal que respetes los derechos sagrados de sus ministros. Obedécenos á nosotros, y nosotros harémos que te obedezcan como á los dioses.*» Con arreglo á las condiciones de este tratado, continúa d'Holbach, los tiranos han hecho causa comun con los sacerdotes, atrayéndolos con donativos é inmunidades. Apaciguando por su intermedio al cielo irritado, los príncipes más corrompidos no han dudado de que los juicios de un dios venal les habian de ser favorables en el otro mundo, aún despues de haber desolado el mundo presente. Los soberanos más malos no son los que se han señalado ménos por su devocion y por su sumision á los ministros de la religion (2).

¡Desgraciados! ¡y tan culpables como desgraciados! Reyes y sacerdotes se figuraban que el trono y el altar, por su union, se habian de prestar un apoyo omnipotente, y mutuamente se arrastraban al abismo. La cólera de los filósofos presagiaba el destino

(1) D'HOLBACH, el *Sistema social*, 2.^a parte, c. X.

(2) IDEM, *ibid.*, 2.^a parte, c. X.

que esperaba á los tiranos y á sus cómplices. «¿Qué es lo que hace la fuerza de los déspotas? exclama d'Holbach. No tanto su poder material como la funesta influencia de la supersticion. Los ministros de Dios se han encargado en todo tiempo de embrutecer á los pueblos para mejor subyugarlos. Enemigos igualmente de la libertad y de la razon de los hombres, los tiranos y los sacerdotes están hechos para unirse, á fin de eternizar las calamidades de la tierra. Fundado en el terror, en la impostura, en la ceguedad, el imperio del sacerdocio exige, como el despotismo, que los hombres sean esclavos y abjuren la razon para siempre. De aquí la culpable union de los sacerdotes y de los reyes para exterminar la razon y la libertad» (1).

Bossuet hacía distincion entre el poder absoluto y el poder arbitrario. Es verdad, dice un filósofo de la escuela del baron d'Holbach, que no se ve en Europa á los reyes bañarse en la sangre de sus hermanos; no envian el cordon fatal á los favoritos que llegan á desagradarles, no se manchan con tanta frecuencia con muertes y asesinatos. Pero casi en todas partes se encuentran monarcas que, con los más fútiles pretextos, inmolan sin remordimientos millones de súbditos á sus crueles caprichos. Se encuentran soberanos que proscriben, atormentan y persiguen por opiniones. Se ven tiranos que hacen esfuerzos por alcanzar con su tiranía hasta el pensamiento. Se encuentran reyes envilecidos que, para complacer á los sacerdotes, á quienes sin rubor sirven de verdugos, entregan á los suplicios más espantosos á ciudadanos condenados por tribunales que son jueces en causa propia. No se ven soberanos, como algunos conquistadores asiáticos, que llevan el desprecio de la humanidad hasta el punto de hacer degollar hombres para que les sirvan de paso; pero se encuentran palacios y monumentos fundados en las desgracias públicas, y cimentados con la sangre, el sudor y la sustancia de los pueblos bastante ciegos para aplaudir la vanidad de sus soberbios monarcas. Se ven soberanos que hacen callar las leyes, que violan continuamente la persona y los bienes de sus súbditos; que hacen gemir, bajo el

(1) *La Política natural ó Discurso sobre los principios de gobierno*, por un antiguo magistrado. *Discurso V*, § 20 (t. II, p. 28, 29).

poder de tiranos subalternos, á las naciones, cuyos clamores se niegan á escuchar... A pesar de tantos excesos, esos príncipes se creerian ultrajados si se los calificase de tiranos, y hasta sus súbditos se indignarian si se los llamase esclavos. Los nombres alarman á los hombres mucho más que las cosas» (1).

Este retrato de los reyes parece trazado por la pasion; sin embargo, no hay un rasgo que no sea la expresion de la verdad. Los sacerdotes son atacados con la misma vehemencia. ¿Y qué les echa en cara d'Holbach? Lo mismo que les ha echado en cara incesantemente la Revolucion, su complicidad con el despotismo. «Por todas partes se predica á los pueblos una obediencia pasiva y maquina á la voluntad de sus más injustos señores; por todas partes se prohíbe hacerles resistencia... ¿Qué ideas de moral y de equidad pueden tener unos hombres que imaginan que la voluntad de un tirano puede hacer legítimas la opresion, la rapiña, la crueldad? ¿Qué ideas de la moral divina pueden formarse unos seres á quienes se dice que Dios protege á los tiranos y quiere que sean obedecidos?» (2).

A esta moral inmoral opusieron los filósofos la voz de la naturaleza, la resistencia á la opresion. «Cuando un tirano furioso quiera emplear á algunos de sus súbditos en privar á sus conciudadanos de su libertad, de sus propiedades y demas ventajas cuyo uso les garantizan la naturaleza y la sociedad; cuando un tirano destruya las leyes expresas de la nacion que gobierna, ¿qué súbditos se conformarán con sus órdenes? ¿no siente la injusticia todo ser racional? ¿no se subleva el corazon de todo ciudadano?» (3). Los filósofos predicaron desembozadamente la insurreccion. «Hemos sido los más débiles, hemos cedido á la fuerza; pero si alguna vez llegamos á ser los más fuertes, os arrancaremos un poder usurpado, cuando no lo empleéis más que en nuestra desgracia... Si somos demasiado débiles para sacudir vuestro yugo, lo sufriremos sin someternos. Tendréis un enemigo en

(1) *La Política natural ó Discurso sobre los verdaderos principios de gobierno*, por un antiguo magistrado. *Discurso V*, § 27 (t. II, p. 37 y sig.).

(2) D'HOLBACH, *el Sistema social*, 2.^a parte, c. X.

(3) *La Política natural ó Discurso sobre los verdaderos principios de gobierno*, por un antiguo magistrado. *Discurso IV*, § 4 (t. I, p. 168).

cada uno de vuestros esclavos, y os veréis á cada momento obligados á temblar en el trono, de que no seréis más que injustos usurpadores» (1).

Algunos años ántes de la Revolucion apareció un escrito anónimo, bajo el título de *Sistema razonable*. No era la *razon*, sino la *pasión* la que tocaba la campana de rebato contra los reyes; al leerlo parece que estamos en 1793. El autor no guarda ninguna consideración, ni áun en su lenguaje. «No se trata de ser cortés, sino de ser verdadero.» Hé aquí las *verdades* que dice á los reyes: «*Tigres* deificados por otros tigres, ¿creéis, pues, que habéis de ser inmortales?» Sí, responde el folletista, en la *execración*. Despues se dirige á los pueblos y les explica este verso:

Le premier qui fut roi fut un soldat heureux (a).

«Millares de *verdugos* coronados de flores y de laureles despues de sus expediciones llevan por todas partes en triunfo un ídolo á quien llaman *rey*, *emperador*, *soberano*. Coronan este ídolo y se postran ante él. En seguida, al ruido de los instrumentos y de mil aclamaciones bárbaras é insensatas, se declara al *ídolo* ordenador soberano de todas las escenas sangrientas que tengan lugar en el imperio, y *primer verdugo de la nación*.»

¿Qué respeto se puede guardar á unos *reyes verdugos*? Estas dos palabras asociaban las ideas de abyección y de majestad, á fin de arrastrar por el fango la majestad. Para comprender las diatribas que vamos á transcribir, es menester recordar que el autor escribe despues de Luis XV: «*Á los pretendidos señores de la tierra*: Azotes del género humano, ilustres tiranos de vuestros semejantes, reyes, príncipes, monarcas, jefes, soberanos; vosotros, en fin, todos los que, elevándoos sobre el trono y sobre vuestros semejantes, habéis perdido las ideas de igualdad; de equidad, de sociabilidad, yo os llamo al tribunal de la razón. Si este globo desgraciado, que rueda silenciosamente en medio del éter, arrastra consigo millares de infortunados en su superficie; si este glo-

(1) D'HOLBACH, baron, el *Sistema social*, t. II, c. I.

(a) Un soldado afortunado fué el primer rey.

bo, digo, ha sido vuestra presa, y si todavía hoy seguís devorándolo, no teneis que agradecerlo á la sabiduría de vuestros predecesores, sino á la estupidez, al temor, á la barbarie, á la perfidia, á la superstición. Estos son vuestros títulos. No soy yo quien os sentencia, es el oráculo de los tiempos, son los anales de la historia... Descended de vuestro trono, y deponiendo el cetro y la corona, id á interrogar al último de vuestros súbditos; preguntadle qué es lo que ama verdaderamente, y qué es lo que más odia. De seguro os responderá que no ama verdaderamente más que á sus iguales y que odia á sus señores» (1).

Un sacerdote filósofo, ó si se quiere apóstata, completó estos furores. «Los reyes, dice el abate Raynal, son *feras* que devoran á las naciones.» ¿Deben las naciones dejarse devorar? Se atribuye á Diderot esta frase verdaderamente *feroz*. «¿Cuándo veré yo al último de los reyes ahorcado con las tripas del último de los curas?» No creemos que esta exclamación salvaje haya salido del alma amorosa de Diderot; pero el pensamiento era el de los filósofos de la escuela democrática. Raynal incita sin rodeos á los pueblos á la rebelión. Los suecos habian delegado el poder absoluto en manos de su rey. Escuchemos la indignación del abad republicano: «Ante tan humillante espectáculo, ¿quién no se pregunta: ¿qué es, pues, un hombre? ¿Qué es ese sentimiento original y profundo de dignidad que se le supone? ¿Está dominado por la independencia ó por la esclavitud? ¿Qué es, pues, ese imbecil rebaño que se llama nación? ¡Pueblo cobarde! ¡Imbecil rebaño! ¡Os contentáis con *gemir*, cuando deberíais *rugir*!... ¡Pueblos viles, estúpidos! Puesto que la continuidad de la opresión no os da ninguna energía; puesto que sois millones y consentís que una docena de niños (llamados reyes) os conduzcan por donde quieran, obedeced; pero marchad sin importarnos con vuestras quejas, y sabed al ménos ser desgraciados, si no sabéis ser libres» (2).

Raynal esperaba que un día los pueblos reivindicarian su liber-

(1) BARRUEL, abate, *Memorias para la historia del jacobinismo* (Hamburgo, 1803), t. II, p. 128-130.

(2) RAYNAL, *Historia filosófica del establecimiento de los europeos en las dos Indias*.

amigos de la libertad podían investir á los enemigos de la revolución con un poder que éstos hubieran vuelto contra la libertad? Por más que se diga que no hay nada fatal; por más que se clame contra los historiadores que hablan de necesidad, preciso es confesar que con las pasiones del poder real y de la aristocracia no había transacción posible.

Añádase á esto que no ha de buscarse la regeneración en la tempestad. Su obra era ante todo una obra de destrucción. Demolió purificando el aire, condición de vida. La Europa está cubierta de ruinas. A los pueblos toca reconstruir. Para hacerse dignos de tan alta misión, necesitan ilustrarse. A la historia toca descubrirles la causa de sus extravíos. El *Estudio* que hemos consagrado á la *Revolución* no tiene otro objeto. Nos falta considerar otra fase del gran movimiento de 1789, el elemento religioso, demasiado desatendido por los historiadores. La Revolución ha decapitado á un rey y ha puesto también mano á la Iglesia y á la religión. La Iglesia ha muerto lo mismo que la monarquía. ¿Quiere decir esto que ha muerto el cristianismo? No: se transforma, y esta transformación es una condición de porvenir para la sociedad, porque no puede haber renovación política sin renovación moral, y una nueva vida moral solamente es posible por la influencia de la religión.

FIN DEL TOMO DÉCIMOTERCIO.

ÍNDICE DEL TOMO DÉCIMOTERCIO.

LIBRO PRIMERO.

¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN?

	Páginas.
Capítulo I. Carácter esenciales de la Revolución.	7
§ I. La Revolución y los hombres del pasado.	7
§ II. La Revolución y los hombres del porvenir.	13
§ III. La era nueva.	21
N.º 1. La Revolución como una era nueva.	21
N.º 2. Carácter religioso de la Revolución.	25
N.º 3. Carácter político de la Revolución.	32
Capítulo II. Los derechos del hombre.	37
§ I. La declaración de los derechos de 1789.	37
§ II. Apreciación de los derechos del hombre.	46
Capítulo III. La libertad.	59
§ I. La libertad y la soberanía.	59
§ II. La salvación pública y los derechos del hombre.	88
§ III. Los golpes de Estado.	108
Capítulo IV. La igualdad.	145
§ I. La igualdad de derecho y la igualdad de hecho.	145
§ II. La Francia y la igualdad.	168
§ III. La igualdad vence á la libertad.	199